

Eider Rodriguez

Gatos

Traducción de la autora



Colección *Euskal Sortzaileak*
Dirección: Mari Jose Olaziregi

Diseño y maquetación: Jose Luis Agote

Ilustración de portada: Juan Azpeitia, 2012

© Eider Rodriguez, 2012

© De la traducción al castellano: Eider Rodriguez

D.L. SS-1858/2012

ISBN 978-84-616-2310-5

Etxepare Euskal Institutua

Prim, 7 - 1

E-20006 Donostia-San Sebastián

etxepare@etxepare.net

www.etxepareinstitutua.net

Impresión: Leitzaran Grafikak, S.L. Martin Ugalde Kultur Parkea. Andoain (Gipuzkoa)

Gatos

LOS TERRENOS de Agnès y de Yves están separados por una enclenque verja verde. Agnès e Yves desayunan al mismo tiempo, cada uno en su casa.

Agnès sabe acerca del señor Dubois todo lo que hay que saber acerca de alguien: que por las mañanas, por ejemplo, mientras con una mano hojea el *Sud Ouest* de la víspera, con la otra sujeta una taza de café. Que mantiene la taza en el aire hasta hojear el periódico entero, y al llegar a la última hoja, lo bebe de un trago. Que hasta el año pasado, entre medias, también fumaba un cigarro. Pero lo dejó. Tras desayunar, se ducha. Sale a la galería con el cabello peinado hacia atrás y vierte pienso en la bandeja, mientras el gato le da pequeños cabezazos en la mano. Después, cierra las cortinas de la cocina y de la sala.

Yves no sabe gran cosa acerca de la señora Duhalde: que tiene un jardín austero pero lo suficientemente cuidado, que todos los miércoles echa a reciclar una botella de coñac, y que, a pesar de que ella es pequeña y delgada, tiene una hija gorda que vive en España y suele venir a visitarla por Navidad.

A las nueve menos diez, Yves se dirige a trabajar en la furgoneta que lleva el nombre de su tienda de lámparas. Agnès se dedica a las tareas del hogar y del

jardín. Hace tres años que viven en casas contiguas. Únicamente el tiempo turba los modos de vida de los vecinos.

La casa de Yves pertenecía a un matrimonio mayor de Madrid. Todos los miércoles Yves cena con sus dos hijos. Si no hace demasiado frío lo hacen en la terraza, sin importar si es invierno o verano. En esos días, Agnès los escucha desde su terreno, y es tan abundante la vegetación del jardín del hombre, que ni tan siquiera necesita esconderse. Además de hablar sobre rugby, también hablan de coches y de mujeres. A veces hablan de la dependienta de la gasolinera de Pausu, otras muchas veces hablan de las hijas de un primo. Y Agnès se sonroja al pensar que padre e hijos estarían dispuestos a compartir la misma mujer.

Cada vez que lo hace, Agnès sueña con llevarles un pavo asado rodeado de patatas o de castañas, servirlo hasta hacer rebosar sus platos, sentarse con ellos, aceptar una copa o dos, reír sin hacerse notar.

Pero hace semanas que a causa del mal tiempo Agnès ha de conformarse con verlo únicamente por la mañana, ya que Yves tiene por costumbre cenar en la sala, a la luz del televisor. Aunque Agnès ha aprendido a leer las sombras.

Ahora el día se le hace largo. Antes, cuando cuidaba de la señora Bretal, Yves y ella llegaban a casa casi a la misma hora. Pero al morir la vieja, Agnès se quedó sin trabajo, y la chica de ANPE le propuso rellenar los formularios para pedir la jubilación. A pesar de que el momento de hablar con su hermana que vive en Toulouse sea el jueves por la noche, aquel lunes por la

mañana la telefoneó pidiendo consejo. Fue ella quien dirimió el asunto. Por la tarde su hija lo corroboró. Al día siguiente Agnès era una mujer retirada.

Ahora, cuando Yves se va a trabajar, Agnès le ofrece a su gato una bolsita de comida húmeda, y piensa que no hay más que fijarse en el brillo de su pelo para darse cuenta de que es un gato feliz, y tranquiliza a Lili a golpe de caricias, ya que se pone nerviosa cuando otro gato anda rondando.

HASTA aquel día jamás habían mantenido una conversación larga. Fue una tarde de noviembre. Al salir de la ducha, a Agnès le pareció escuchar cerca el llanto desconsolado de un bebé. Salió a la terraza en albornoz y se encontró a Yves, al otro lado de la verja, en alpargatas y con una escoba en la mano. En medio del jardín de Agnès, bajo las hortensias oxidadas, el gato rayado del señor Dubois se había apoderado de Lili: la tenía apretada contra el suelo, con las patas traseras desplegadas, y la cabeza girada hacia el cielo lanzando violentos maullidos.

Agnès se conmovió y se apretó el cinturón del albornoz.

—¿Puedo pasar, señora Duhalde?

—Pase, pase, por favor.

Yves le dio un empujón a su gato con el palo de la escoba, y por un instante dio la impresión de que lo había conseguido, pero ambos gatos se alejaron sin

salirse el uno del otro, torpemente, y se acomodaron bajo la higuera de Agnès.

Agnès intentó decir algo, pero en vez de eso, agarró un bote de cristal que había sobre la mesa de la terraza y se lo lanzó a los gatos. Los gatos miraron a sus amos, interrumpiendo el apareamiento.

Yves tendió la mano a Agnès:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Menudo escándalo... ¿Hace mucho que habían empezado? Perdona, estaba taladrando una balda y no he oído nada.

—No se preocupe, ya se sabe cómo son los animales —dijo Agnès recogiendo a la gata blanca del suelo—. ¿Verdad, Lili?

—¿Liliane? Curioso nombre para un gato.

—No, Lili. *Fleur*. Lili en vasco significa *fleur*.

—Vaya. Ya la conocía de antes, no se crea. Hay veces que duerme en mi casa, en la silla que tengo en el porche trasero, le encanta mi manta.

—No puede ser verdad —dijo la mujer ruborizada.

—Sí, desde hace unos meses. También ha cabeceado más de una vez en un camastro que tengo arriba, ya sabe, entran por el tejado y... —dijo el hombre, entornando los ojos para mostrar que no le importaba.

—No sé qué decirle, no sabía que fuese tan traviesa...

—Esté tranquila, señora Duhalde, no molesta en absoluto.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—No, por favor...

Yves le acarició la cabeza a Lili, y Agnès se sorprendió al ver de cerca el tamaño de su mano.

—Sólo espero haber llegado a tiempo.

—Es culpa mía. Más de una vez he llamado a la veterinaria para esterilizarla, pero en el último momento siempre me arrepiento, ¿verdad, Lili?

Lili se mostraba alterada, husmeando al macho que le habían arrancado, lanzando al aire dulces zarpazos, intentando escapar del abrazo de su dueña.

—Es realmente hermosa. ¿Es persa? —Yves agarró su patita, como pidiéndole que se casase con él.

—Sí, quizá no es pura raza, pero sí.

—Debería de tener mucho cuidado; es demasiado hermosa para andar en libertad. Ya sabe, hay mucho indeseable suelto que se lleva lo primero que tenga a mano, sin tener en cuenta el daño que pueda causar. Con esa gente uno no puede bajar la guardia.

—Pero no es tan fácil mantenerla en casa.

—Ah, eso es cierto, eso es así, estos diablos conocen al dedillo todos los recovecos habidos y por haber.

—¿Y cómo se llama el suyo?

—Aitatxi.

—El suyo también es bonito...

Agnès le acarició el pecho y su manita casi desapareció en el denso pelaje.

—No, Aitatxi bonito no es. Es grande, eso sí. Ahora pesa nueve kilos. Se lo regalaron a mi ex mujer sien-

do cachorro, con nombre incluido, Fifi o Pioupiou o algo así, pero a medida que crecía fue pareciéndose cada vez más a mi abuelo y decidimos rebautizarlo. Era militar. Mi aitatxi, me refiero. Él también sabía hablar en vasco, como usted.

—No, yo ya...

—Y este canalla es igualito a él. Le voy a enseñar su foto y ya me dirá.

Agnès no supo discernir si Yves quería mostrarle la foto en un futuro cercano o en aquel mismo momento, y de repente, sintió la necesidad de marcharse. Se tapó el pecho con Lili:

—No quisiera enfriarme.

—Cuando se fue de casa intentó llevarse al gato, pero no se lo permití, ¡cómo iba a dejar que se llevase consigo a mi abuelito!

Agnès había oído más de una vez la risa primaria de Yves, pero hasta aquel momento no tuvo constancia de sus poderosos dientes.

DESDE el día del apareamiento, Agnès no dejaba salir de casa a Lili, pero Aitaxi comenzó a ir en su busca, rodeando la casa de madrugada. Agnès se despertaba con los desgarrados maullidos de Lili. La mujer le acariciaba el lomo, diciendo «no nos conviene, princesa, no nos conviene». Durante el día la gata pasaba largos ratos con la nariz pegada al cristal de la ventana, y se restregaba el cuerpo con todos los cantos de la casa.

En una de aquellas noches, mientras Agnès limpiaba con amoníaco los orines de Lili del suelo de la cocina, apareció Aitatxi al otro lado de la ventana. Lili comenzó a dar cabezazos contra la ventana, bufando, con los ojos contraídos, apretó el ano contra el cristal, ululó como nunca antes lo había hecho. Agnès abrió una bolsita de comida húmeda, y se la ofreció a Aitatxi entreabriendo la ventana, pero el gato la tiró al suelo con el hocico. Cuando Agnès intentó tranquilizar a su gata, esta le dio un zarpazo en el cuello. Con ojos llorosos, Agnès abrió la ventana, y frente a sus ojos, Aitatxi la montó.

Agnès estaba llorando desconsoladamente en la cocina cuando oyó el timbre.

—¿Señora Duhalde? Soy el señor Dubois, ¿puedo subir?

Agnès abrió la puerta, vestida en camisón de invierno. Yves le estrechó la mano. Eran las cinco de la madrugada y traía una escoba en la mano.

—No quería dejarla salir, pero este canalla... Dos días sin pegar ojo... Lo siento. ¿Hacia dónde han ido?

—Se han ido a la parte trasera.

Agnès se secó las lágrimas con la manga del camisón, y guió a Yves por el interior de la casa en penumbra hasta la terraza trasera. Yves empujó a Aitatxi con la escoba y Lili salió como un muelle. Aitatxi, ronroneando, comenzó a restregarse contra las zapatillas de casa de Yves.

Lili los observaba subida a la barandilla, embellecida por el deseo del macho.

—Yo aprovecho para limpiar a fondo la casa. Ayer limpié el extractor de humos y hoy quería quitar esos salpicones de pintura —dijo Agnès—. ¿Desea un vaso de leche? ¿Ricoré? Vayamos dentro o nos resfriaremos.

Yves llevaba una bata de satén, y por debajo, una sudadera y calzoncillos boxer. Al darse cuenta, Agnès apartó la mirada, como cuando mostraban una escena de violencia en televisión.

—El médico me ha prohibido todo tipo de lácteos, el colesterol, ya sabe.

—Por la tarde he hecho un bizcocho, tome un pedacito.

—Ah, a eso sí que no puedo negarme. ¿Qué le ha pasado en el cuello?

—Nada, cosas de gatos.

En la cocina de Agnès aún olía a mantequilla. Sobre la encimera, aún en el molde, un bizcocho virgen. Agnès cogió un cuchillo largo y cortó un pedazo.

Aitatxi y Lili comenzaron a jugar alrededor de la mesa. De vez en cuando, Lili se tumbaba boca arriba y estiraba las patas, como una actriz de cine. Aitatxi se le acercaba y le daba suaves zarpazos, la husmeaba, maullaba.

—¿Está seguro de que no quiere un vaso de Ricoré? Se lo haré con poca leche y mucha agua...

—No, de verdad. Quizá —dijo Yves queriendo mostrarse travieso, y Agnès se dio cuenta de que al reírse se le movía un diente—, quizá...

Agnès le ofreció su vaso, sin dejar de mirarle. Yves introdujo el bizcocho dos o tres veces, hasta tocar fondo, dejando alguna que otra miguita en la superficie.

Aitatxi saltó encima de Lili, y la hembra tomó forma de alfombra.

—Ha llegado la hora de irse. —Yves dio una leve patada en el muslo a su gato—. Señora Duhalde, estaba delicioso.

Con Lili en su regazo, Agnès acompañó al hombre y a su gato hasta la puerta.

Cuando sentía a Yves en casa Agnès se preparaba. Por la mañana, tan pronto como se levantaba de la cama se peinaba. Por la tarde, un poco antes de las seis, abría las cortinas de la casa y se vestía de calle. Sentada en la butaca de la sala, pues era la que más cerca quedaba de la ventana, hojeaba *La Redoute* y catálogos de grandes superficies.

Un día, de camino al baño, Agnès se fijó en una mancha amarillenta que había en el suelo.

—¿Pero qué te han hecho, pequeñita mía?

Lili frotó su cabeza contra los tobillos. Agnès le ofreció leche templada en una taza de café, y la gata la bebió con certeros lametazos. Inmediatamente llamó a la veterinaria.

—Señora Mitxelena, soy Agnès Duhalde. La llamo porque no sé qué hacer con la pequeña Lili: hoy por la mañana ha vomitado y juraría que está preñada.

Tras la voz de la veterinaria se oían ladridos.

—Eso no significa nada.

—Ha sido el maldito gato del vecino, no la deja en paz.

—Aun así, señora Duhalde, que haya vomitado no significa nada.

—Está muy mimosa.

—Vaciarla cuesta ciento cincuenta euros, no sea tonta y hágalo de una vez, señora Duhalde, piense que ya se habrá dado algún que otro gustito...

—Creo que es demasiado tarde.

—Y además, entre nosotras, si los gatos machos se parecen a los nuestros...

Agnès sabía reírse cuando hacía falta.

—De todas maneras, y si es cierto lo que dice, estamos a tiempo de practicar un aborto.

—No, seguramente son cosas mías, seguramente no estará preñada, ya sabe lo aprensiva que soy.

Agnès puso sus manos en torno al vientre del animal. Estaba redondeándose, no cabía duda.

A pesar de que las guardaba para los cumpleaños y demás días festivos, le dio de comer una lata de sardinas en aceite de oliva.

Para hacer pasar más rápido las horas que faltaban hasta que Yves estuviese de vuelta a casa, por la tarde se fue a la piscina, y después, una semana antes de lo habitual, hizo la compra del mes en Champion. A las seis y cinco en punto oyó salir a Yves silbando de la furgoneta.

—¡Señor Dubois! Necesito hablar con usted.

—Claro, ¿ha sucedido algo?

—Los gatos, ¡menudo jaleo!

—¿Quiere subir? Iba a hacer café.

Agnès contuvo las ganas de llorar.

—Se trata de Lili. Está preñada.

—¿Nuestra princesita? ¿Seguro?

—Me lo ha dicho la veterinaria, está preñada.

—¿Y ahora?

—No sé, si salen con mucho pelo podríamos venderlos.

La gente está dispuesta a pagar un dineral por un persa.

Los poderosos dientes de Yves quedaron al aire durante un instante.

—La veterinaria me ha dicho que estamos a tiempo de provocar un aborto. —Agnès se estremeció al meter a Yves y a ella en el mismo verbo—. No lo sé.

—¿Está segura de que no quiere café? También tengo Ricoré, si prefiere...

La casa de Yves olía a incienso. En la entrada había un paraguas abierto que había formado un pequeño charco sobre la baldosa. En la mesa de la cocina, *L'équipe* salpicado de migas, un trozo de pan y una piel de chorizo. Agnès se sintió turbada al observar que al lado de la pila había una botella de vino vacía. Observó fijamente el microondas, las dos tazas a punto de hervir tintineaban.

—Yo estaría dispuesto a pagar el aborto a medias, pero haremos lo que usted desee.

—Creo que quiero seguir adelante —dijo Agnès justo en el momento en que el hombre salió de la cocina.

Yves volvió con un viejo álbum, abierto por la mitad. Señalaba la foto de un hombre de bigotes tiesos, ojos claros, medallas en el pecho y un sable en la mano.

—Dígame que no son igualitos.

—Lo cierto es que tienen el mismo rostro, hasta la expresión...

—Sí, sí, hasta la expresión es idéntica, ¿lo ve?

Yves pasó algunas hojas.

—Esta es una de sus últimas fotos. Aquí el pobre aitatxi ya estaba consumido.

Era una foto tomada en la boda de Yves. El abuelo tenía los bigotes caídos, los ojos transparentes. A su lado estaban Yves y su mujer. Agnès sintió algo que no recordaba cuándo había sentido por última vez.

—No quisiera parecer una entrometida, pero, ¿están ustedes separados o...?

—Nos divorciamos, sí, hace cuatro años, hace cuatro felices años. ¿Y usted? ¿Está usted casada?

—No, yo no.

—¿Soltera?

—No llegamos a casarnos, sí.

Cuando Yves sopló el palo de incienso, Aitatzí estornudó.

—Acerca de Lili... Seguiremos adelante.

—Está bien.

A Agnès le dio la impresión de que era momento o bien de quitarse el abrigo o bien de marcharse.

—Lo mantendré informado.

—Que pase usted una buena tarde.

—Igualmente, señor Dubois.

A medida que la barriga de Lili iba creciendo, las visitas de Aitatxi fueron decreciendo. Para cuando Yves llegaba a casa había oscurecido, y a Agnès solamente le quedaban las mañanas para poder verlo. A veces, se quedaba observando durante un rato la silueta que dejaba la furgoneta sobre el asfalto.

Aitatxi siguió engullendo día tras día la bolsita de comida húmeda. Lili se sentaba a su lado, hacía alambicadas coreografías con su cola, pero el gato no levantaba la vista del plato, y una vez satisfecho, se iba, más despacio de lo que había venido.

Agnès le acariciaba la espalda a Lili. Para entonces tenía los pezones hacia afuera.

UNA VEZ, de regreso de la piscina, Agnès encontró algo pegajoso en el pasillo. Se asustó. Un ruido de arañazos primero y un quejido después la guiaron hasta su habitación.

Lili estaba en el armario de la ropa, en un nido hecho con una chaqueta y un cojín. Tenía los ojos redondeados de miedo.

Al tocarle el vientre, el animal retrocedió.

El cojín estaba mojado y el rastro ocre se perdía en el armario.

Le puso una taza de agua. La acarició. Lili se estremecía cada vez que Agnès la tocaba. Le agarró una

pata, como los hombres de las películas a sus esposas parturientas.

Cuando, finalmente, consiguió apaciguar al animal, Agnès se puso el vestido de angorina y se empolvó las mejillas. Empapó con colonia de coco sus muñecas y la parte trasera de las orejas, y se dirigió a casa de Yves.

—Ahora vuelvo, cariño, y ánimo, enseguida estamos contigo.

Volvieron con el pelo mojado de lluvia y las narices enrojecidas por el frío. Yves aún llevaba en la mano la llave de la furgoneta. Pero el dormitorio de Agnès estaba cálido, y tras quitarse los abrigos se sentaron sobre la cama, mirando a la gata. Lili estaba haciendo fuerza contra el fondo del armario, había vertido el agua de la taza, y de sus bigotes colgaban gotas temblorosas. Cada vez que se le contraía el vientre, Agnès se asustaba, pero en cuanto se acercaba, la gata retrocedía.

—Menudo jaleo ha armado el tonto de mi gato —repetía Yves con orgullo.

Agnès le ofreció algo para beber. Yves pidió una copita de coñac.

De vuelta al dormitorio, y por primera vez en su vida, Agnès se fijo en los objetos que los rodeaban: los tapetes y la sopera de porcelana de encima de la cómoda, la foto de Caroline recién llegada a Alicante con un helado en la mano y apoyada en una palmera, el peluche malva sobre la cama y la colección de botes de perfume en una de las mesillas. Por primera vez en su vida sintió que era una extraña en su habitación.

Yves rodeó la copa con ambas manos.

—Ahí viene, ahí viene el primero —gritó mientras se arrodillaba en la alfombra y se acercaba a la gata.

Agnès continuó dándole sorbos imperceptibles a su coñac, feliz de que Yves pudiese hacerse cargo de la situación, ya que ella no estaba acostumbrada a que le sucediesen cosas.

Lili excretó algo húmedo y blando. Después, a mordiscos, cortó el cordón que la unía al cachorro. El recién nacido tenía aspecto de topo y estaba cubierto de una capa mucosa. Mientras Lili lo lameteaba vino el segundo, de color blancuzco.

Al arrodillarse al lado de Yves los huesos de Agnès chirriaron.

—¡Este parece que va a ser peludo! —dijo Yves.

—¡No, está muerto! Fíjese... no respira... ¡Ha nacido muerto!

—Que no, ya verá como de un momento a otro se desmereza...

Agnès esperó los primeros movimientos de los cachorros con los ojos rebosantes de lágrimas. No podía creer que aquellas pelotitas de pelo pegajoso estuviesen vivas.

—No hay que tocarlos, si se les pega nuestro olor puede que la madre los rechace y acabe matándolos —le dijo Agnès a Yves.

EL PARTO duró dos horas: nacieron cuatro cachorros, dos de pelo corto y otros dos de pelo largo. Tras comer-

se la placenta, Lili los lamió hasta dejarlos peinados y relucientes.

Enseguida empezaron a maullar y a arrastrarse hasta ocupar las mamas de la madre.

Yves y Agnès se sentaron sobre la cama, observando a los recién nacidos.

—Se parecen al padre... —dijo él.

—Llévese el que quiera, señor Dubois. Incluso puede llevarse más de uno, si lo desea.

—Se lo agradezco, señora Duhalde, pero así estoy bien.

—Quizá alguno de sus hijos...

A Agnès se le esparció por el cuerpo aquel sentimiento de zafiedad, tan común en ella, ya que el señor Dubois jamás le había dicho que tuviese hijos. Yves miró a los gatitos con la plenitud de un padre.

—No les gustan los animales. Fíjese que ni siquiera desean tener hijos.

Podía enviarle uno a Caroline, por mensajería. Pero no iba a querer. Nunca le habían gustado los gatos, y cada vez que Agnès le mencionaba algo acerca del embarazo de Lili, la hija cambiaba de tema.

—Había pensado poner un anuncio en el tablón de anuncios de Champion.

—Para eso habrá que sacarles una foto...

—Pero aún son demasiado pequeños para fotografíarlos.

—Les haremos la foto de familia de aquí a un par de semanas. También prepararé a Aitatxi para la oca-

sión. —Yves aprovechó para levantarse—. He de irme. Vienen mis hijos a cenar.

Agnès miró al reloj. Otra pequeña copa de coñac le suavizaría las horas que quedaban antes de acostarse.

—Muchas gracias por todo, señor Dubois.

—Si lo necesita, ya sabe dónde vivo. Ahora somos familia, señora Duhalde, ¡nos han convertido en parientes! Y muchas gracias por la copa. Con este tiempo me ha entrado de maravilla.

Al levantarse del suelo, Yves parecía un oso despertándose tras un crudo invierno. Antes de acompañarle hasta la puerta, Agnès se quedó observando las arrugas que habían dejado sobre la colcha. Un golpe de viento le llenó la cara de lluvia e Yves bajó las escaleras deprisa y lamentándose.

Agnès pasó los días siguientes peinando a Lili y observando a las criaturas.

Antes de cumplir el mes, Agnès se encontró dos gatitos colgados de la puntilla de la colcha y a otros dos acurrucados en el cajón donde guardaba las medias y los pañuelos. El pelaje de Lili se había apagado, había perdido la gracia y se la veía abatida. En el interior de Agnès se mezclaban el amor y la compasión, caricias dulces y violentas.

Seguía a la espera de un gesto de Yves. Le costaba entender por qué no se acercaba el señor Dubois a preguntar por Lili y por sus cachorros. Aquel día, enva-lentonada tras tomar una copita, llamó a su timbre. Yves le abrió vestido en chándal, con unas diminutas

gafas en el límite que separa la nariz del mundo. El olor a incienso que venía desde el interior la calmó.

—Buenas noches, señora Duhalde.

—Buenas noches, señor Dubois, y perdón por presentarme tan tarde, quizá estuviese cenando.

—No, no se preocupe. ¿Qué tal la familia? —le preguntó Yves tras doblar sus gafas y sin invitarla a entrar.

—Ahí van, poco a poco. Hoy he encontrado a una hembra en la cesta de la cocina sobre el pan de molde.

—¿Quiere pasar? Para la semana que viene han anunciado nieve y temperaturas aún más bajas. Menu-do día de perros.

Agnès hizo amago de quitarse la capucha del anorak, pero terminó apretando las cuerdas.

—Gracias, pero he dejado el horno encendido. Un bizcocho, ya sabe. De todas maneras he venido porque usted había quedado en sacar la foto. No sé si le vendría bien pasarse uno de estos días.

—Por supuesto que sí. Si usted desea puedo ir ahora mismo.

Agnès pensó en el pastel imaginario, pero aun así dijo que sí.

Yves cogió a Aitatxi del rincón de la sala de estar, y el gato siguió vagueando en brazos de Yves hasta casa de Agnès. Lili lo saludó con un bufido.

—No te pongas así, princesa. Sé buena, el papá también ha de salir en la foto.

—¿Dónde quiere que lo hagamos?

—No sé... En mi habitación, por ejemplo. Me parece el lugar más natural, ¿verdad?

Yves se puso las gafas y miró largamente los botones de la cámara. Mientras, Agnès ahuecó los cojines y colocó sobre ellos a Lili y a sus cuatro gatitos.

—¡Aitatxi, ven para aquí!

En cuanto el macho saltó a la cama Yves sacó las fotos. Agnès los observaba, de puntillas, desde el quicio de la puerta.

—Señora Duhalde, ¿qué le parece si hacemos una de la familia al completo?

Agnès reprimió una pequeña sonrisa antes de sentarse sobre la cama. Yves preparó la cámara y la colocó sobre la cómoda tras apartar la foto de Caroline. Después, haciendo mucho ruido, se sentó al lado de Agnès. A Agnès se le paró la respiración. Cuando las manos de ambos se tocaron se oyó el disparo.

—Tengo en casa uno de esos trastos para imprimir. Ya sabe, a los hijos siempre les sobra el dinero y nunca saben qué regalarme en Navidad. Se las traeré ahora mismo.

En el tiempo que tardó en volver Yves, Agnès metió un pastel al horno y en una cartulina que imitaba las vetas del papiro, escribió:

Se regalan cuatro adorables gatitos:

Dos blancos de pelo corto y otros dos grises atigrados.

Nacieron el 17 de septiembre. Para no perjudicar el destete los guardaré hasta al menos el 14 de noviembre.

Si desean reservar alguno, pueden contactarme en este número de teléfono: 0559202133

Sólo le faltaba pegar la foto, hacer fotocopias y colocar los carteles en el supermercado, en la consulta del veterinario, en la panadería y en la estación de trenes.

Yves le trajo un buen número de copias, entre ellas una en la que aparecían los dos.

—De recuerdo, ya sabe.

La puso al lado de la foto de Caroline, en un marco que antiguamente contenía una foto suya cuando era joven. Los repartió todos en menos de un mes. Pero nada más dar el último de los gatitos (a una pareja de Lesaka que a cambio le regaló una caja de Ferrero Rocher), Lili desapareció. Utilizó una de las fotos tomadas por Yves para hacer otro cartel y pegarlo en el barrio, pero pasaron semanas sin recibir ninguna llamada. El médico le aconsejó que para poder dormir, en vez de media, tomase la pastilla entera, y que para cansarse, no dejase de ir a la piscina.

Mañana y tarde, todos los días, Agnès daba una vuelta por el barrio. Revisaba los bajos de los coches, destapaba los cubos de basura, vigilaba los jardines. Cada vez que llamaba a la gata lo hacía con ilusión renovada.

Una tarde, Yves llamó a su puerta.

—Buenas tardes, señora Duhalde.

—Buenas tardes.

Agnès abrió la verja, pero el hombre no hizo amago de entrar.

—Es acerca de Lili. Aún no ha aparecido, ¿verdad?

—¿La ha visto? ¿Está bien?

Con el carraspeo de Yves Agnès se hundió.

Creo que está en el sótano de mi casa. Debe de haber muerto hace tiempo, pero con este frío aún no ha comenzado a oler demasiado.

—¿Está seguro?

—Venga.

Agnès sintió la humedad de la hierba introduciéndose en sus zapatos. El hombre le tendió la mano para hacer el camino embarrado que llevaba hasta aquel lugar. Después apareció con dos copas de coñac y eran como los últimos invitados de una fiesta, cuando ya no queda ni la música:

—¿Está preparada?

—Sí, he tenido tiempo de prepararme para lo peor.

Antes de abrir la puerta del sótano, Yves tomó de la mano de Agnès la copa vacía.

—No tiene buen aspecto, pero es ella, créame, la conocía muy bien. ¿Está segura de querer verla?

Bajo la luz de una bombilla desnuda, Lili más parecía una alfombra de baño que una diosa felina. Había un cerco viscoso alrededor de ella, y a pesar de que las ventanas se hallaban abiertas, respirar aquella peste hacía daño. Agnès salió tosiendo.

—¿Está bien?

Agnès deseaba abrazarlo, pero en vez de eso, se sacó de la manga un pañuelo y se sonó los mocos.

—Quisiera enterrarla en casa —dijo Agnès al salir de aquel lugar.

—Yo me encargaré de todo, señora Duhalde —dijo Yves agarrando el mango de una pala.

—Lo haremos entre los dos.

Agnès trajo de su casa amoniaco, lejía, guantes, trapos, un balde y bolsas de basura. Se tuvieron que cubrir los pies con bolsas de plástico para limpiar el suelo.

—Es extraño, porque yo no utilizo matarratas... No entiendo qué ha podido suceder... —le dijo Yves.

—Qué andaría buscando...

Agnès abrió una bolsa de basura e Yves recogió con una pala los restos de Lili.

—¡Pesa lo mismo que un cachorro! —dijo Agnès.

Aitatxi los miró con dureza.

—Le traeré el pienso y las latas de sardina que me quedan, él sabrá agradecerlas.

—Señora Duhalde, quizá...

—No, este ha sido el último, no voy a tener más gatos.

El señor Dubois cavó un agujero bajo la higuera de Agnès mientras esta lo observaba. No hablaron, únicamente murmuraron un rápido rezo. Enterraron a Lili sin sacarla de la bolsa.

—Muchas gracias, señor Dubois, le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí.

—No faltaba más, señora Duhalde.

—La vida continúa, ¡qué le vamos a hacer!

—Así es como tiene que ser, sí.

—Que pase usted una buena noche, señor Dubois.

—Lo mismo digo, señora Duhalde.

Cada uno volvió a su casa, a su horario, a su terreno y a su marca de café. Al cabo de unos días, creyeron haber vuelto a la vida de antes de que nada sucediese, pero pasaron semanas sin poderse quitar de encima aquel olor.